

NARANJAS DE LA CHINA

Seudónimo: Zapardiel

*Sirva este relato como pequeño homenaje
a todas las mujeres que han sufrido y sufren violencia de género.*

“Yo te creo”, pero dudo, con un pie en el umbral y las maletas hechas para irme a casa de mi madre, allí en el pequeño pueblo de la Castilla labradora y las fuentes del agua, con jardín y rosales en la entrada, que me dejó en testamento, llevándome a las niñas (tres, por si no te acuerdas que son tuyas también), de si mañana regresas del trabajo y te sientas, como haces por costumbre cada noche cuando llegas de la oficina, en el sofá del salón a leer el periódico, la revista del grupo literario o cualquier cosa que tengas a mano con tal de no acercarte a la cocina, cigarrillo en los labios y vaso de güisqui sobre la mesa que te ha tenido que llevar una servidora porque eres tan calzonazos que ni te has molestado (para qué si aquí está la tonta que lo hace) en servírtelo tú mismo, y no me echas ni siquiera una mano en bañar a las niñas ni preparar la cena, porque claro, lo dices tan alto, que cualquier noche me vas a rompes los tímpanos: que eres el macho ibérico, el que trabaja deslomándose todo el día en la oficina, como si mi trabajo en la zapatería, aguantando viejas pelmazas que se prueban veinte pares y no compran ninguno, lo hiciera por placer, o pudiera hacerlo en casa por el ordenador como otros que tienen mejor suerte. Y que, al fin y al cabo, si no fuera por lo que tú ganas, con el sueldo de mierda de la zapatería nos moriríamos de hambre y no podría permitirme algún vestido de cuando en cuando ni salir a cenar los sábados por la noche pagando a la canguro. Que de haberlo sabido, dices encima, hijo de mala madre, te habrías casado con Mariola y otro gallo te cantarían. Pues vete con ella, ya que, pobrecita y desconsolada, está divorciada y libre como un pájaro. Vete, vete..., a ver si tienes con ella más suerte que conmigo. Ésa te pondría en la calle en menos que canta un gallo y no aguantaría carros y carretas como esta tonta del bote que te ha tocado en suerte.

Aunque, no sé para qué insisto, porque siempre me sales con la misma cantinela aprendida de memoria que me sueltas cada vez que te pido me ayudes en algo:

Es que, chica, uno llega cansado y sin ganas de nada, porque no sabes muy bien el trabajo que tenemos, cada día más. Como si una no llegara también destrozada y con ganas de meterse en la cama sin cenar siquiera y ahí te las apañes con las niñas y la cena, como me las apaño yo, me duela o no me duela la espalda. Pero claro. Lo que el señor hace tiene

mucho más merito que lo que hago yo, por el mero hecho de ser mujer y no morir en el intento. Machista de mierda.

Yo te creo hoy, cariño. Yo te creo cuando dices que a partir del lunes (son ya tantos lunes que he perdido la cuenta) me echarás una mano y todo va a ir bien, que no me preocupe, que para eso nos casamos: para lo bueno y para lo malo.

Me da la risa al oírte, pero me muerdo la lengua y callo por las niñas, que se van a volver locas sin un padre a su lado y tendremos que llevarlas al psiquiatra. Pero, por la paz un Avemaría, que decía mi pobre madre. Si levantara la cabeza y viera cómo me tratas...

Pero, ¿podré creerte mañana cuando vengas y seas más de lo mismo?

Me asombras cuando hablas de la igualdad entre hombres y mujeres en los artículos de la revista literaria esa en la que colaboras y en la que aparentas una cosa y luego de puertas para adentro de casa eres otra. Artículos en los que pones tu firma, pero me da en la oreja (pondría la mano en el fuego) te los escriben otros y ni siquiera los lees, porque no tienes tiempo tampoco, ya que tu jodido tiempo es más valioso que el de los demás mortales, incluido el mío que, según tú, no vale un pimiento. Tal vez te los escriba alguna del grupo con la que te encamas de cuando en cuando. A lo mejor tu secretaria, que es tan diligente y hermosa, se perfuma con colonias caras y viste trajes de Balenciaga y calza zapatos de Mascaró. Que ya me lo dice Palmira:

-Ándate con ojo, Marisa, que todas las secretarias son amantes del jefe, y la de tu marido no va a ser la excepción, que no me extrañaría te la hayan pegado varias veces.

Y volviendo al grupo literario dichoso. Porque esa es otra, para ir a las reuniones con ellos sacas tiempo y dinero, vienes a las tantas porque siempre termináis con una cena que vale un pico, cuando no de pilinguis por el barrio viejo; porque todos lo hacen y tú no vas a ser menos, claro. Como si el estar casado y ser padre de tres niñas no conllevara unas obligaciones. Hay que ser infiel, sobre todo infiel. Pero para echarme una mano en casa, naranjas de la China.

Yo te creo, cariño. De verdad que te creo. Y quiero situarte en ese punto del mapa donde en el Amor, así, con mayúscula, no haya mentiras. Donde siendo los dos y un tanto diferentes, seamos los dos en uno. Que de mañana en adelante no tenga que suplicarte y seas tú, por tu propia iniciativa, el que me eche una mano de buena gana.

¿Dónde quedó el amor de los primeros años en los que lo era todo para ti? ¿Por qué ya no me abrazas ni susurras te quiero? ¿Por qué vienes y vas pero ni estás ni vienes porque pareces mudo y en un mundo que sólo es tu mundo? ¿Por qué las niñas me preguntan dónde está papá? ¿Por qué viene tan tarde cuando ya estamos dormidas y no nos cuenta un cuento cuando vamos a la cama y nos da un dulce beso antes de dormirnos? ¿Por qué?

Preguntas y más preguntas que según tú, tienen respuestas, pero que yo no las veo por ninguna parte porque se caen de su peso.

Ya no sé si creerte o morirme de risa, de pena o echármelo todo a la espalda, y, si un día, cualquier día, me cruzo con alguna chica de buen ver en la tienda y me pone ojitos (Sí, con alguna chica, aunque no soy lesbiana pero estoy tan harta de los hombres que, a lo mejor, pruebo a ver qué tal me va), me largo con ella a vivir nuestras vidas con tal de estar lejos de ti que tanto daño me estás haciendo, me llevo a las niñas conmigo, y ahí te las compongas como puedas. Machista.

Yo te creo. O sin creerte, fingir que sí lo hago y dejar que tú campes a tus anchas, amable y comprensivo en la igualdad de sexos de puertas para afuera, y un tétrico machista (mal esposo y mal padre) aquí dentro de casa, que se calla como un zorro, come protestando lo que cocino porque ni tengo tiempo ni me llega el dinero para cosas mejores, me abre de piernas cada noche, me guste o no me guste, se da la vuelta y a roncar como un descosido para que mañana se lo vuelvan a dar todo hecho. Un machista que, cuando se ducha, sólo tiene palabras para pedir a gritos una toalla limpia, como si no pudiera cogerla él antes de meterse en el baño. Gritos para reivindicar que él es el hombre y si me pongo chula me estampa un guantazo, sin importarle un carajo el que las niñas lloren porque no comprenden bien lo que nos está pasando, o tenga que mentir en la zapatería cuando llego con un ojo morado, diciendo que me he pegado sin querer con una puerta; que ya son muchas puertas, cariño, muchas....

Yo te creo. Porque, al fin y al cabo. No eres más que un gilipollas engreído que cuando te cantan las verdades sueltas unas lagrimitas, pones cara de bobo inocente, prometes lo que saben muy bien que no vas a cumplir, y sigues con las mismas...
